

JAMES BOND

007⁵

Octopussy



Ian Fleming

OCTOPUSSY

En Jamaica, James Bond se ocupa de un caso especial de asesinato llevado a cabo por un pulpo.

PROPIEDAD DE UNA DAMA

En Londres, James Bond puja por un fabuloso *objet de vertu* de Fabergé también codiciado por un despiadado espía del KGB.

ALTA TENSIÓN

Uno de los mejores cuentos de Fleming en el que la identidad de un asesino en el Berlín Occidental de la guerra fría, entorpece seriamente la misión de James Bond.

007

1

Octopussy^[1]

—¿**S**abes qué? —dijo el comandante Dexter Smythe al pulpo—. Si puedo arreglarlo, hoy recibirás un buen regalo.

Lo había dicho en voz alta y su aliento había empañado el cristal de sus gafas Pirelli. Puso los pies en el suelo arenoso, junto a una roca y se enderezó. El agua le llegaba hasta el pecho. Se quitó las gafas, escupió en el cristal, lo frotó con saliva y luego lo enjuagó para limpiarlo. Después se puso la correa de caucho de las gafas alrededor de la cabeza y volvió a inclinarse.

El ojo de aquel saco marrón moteado seguía observándolo atentamente desde la cavidad de coral, pero, además, ahora la punta de un pequeño tentáculo se asomaba, dudosa, unos centímetros, de entre las sombras, e indagaba apenas con sus rosadas ventosas erectas.

Dexter Smythe sonrió satisfecho. Si tuviera más tiempo, quizá un mes más de los dos que ya llevaba intentado hacerse amigo del pulpo, conseguiría domesticar al bichito. Pero no disponía de ese mes.

¿Debía ese día aprovechar la oportunidad de ofrecerle la mano a aquel tentáculo, en vez de un trozo de carne cruda en la punta de su arpón?; ¿debía estrecharle la ma-

no, por así decirlo? «No, Pussy –pensó–. Todavía no puedo fiarme de ti». Casi con toda seguridad otros tentáculos se precipitarían fuera del agujero y le cogerían el brazo. Sólo con verse arrastrado hacia el fondo a menos de un metro, la válvula de corcho de sus gafas se cerraría automáticamente y no podría respirar, y si se las quitaba, se ahogaría. Podía tener suerte y clavarle el arpón, aunque para matar a Pussy se necesitaba más. No. Quizás más tarde. Sería muy parecido a jugar a la ruleta rusa y con las mismas posibilidades: cinco contra una. ¡Podía ser una manera rápida y extravagante de huir de sus problemas! Pero no era el momento. Dejaría la interesante pregunta sin respuesta, aunque se lo había prometido al simpático profesor Bengry del instituto. Dexter Smythe se alejó nadando sin prisa hacia el arrecife, mientras sus ojos buscaban una única forma: la cuña plana y siniestra del pez escorpión, o como diría Bengry, *Scorpaena Plumieri*.

El comandante Dexter Smythe, OBE^[2], retirado de los Royal Marines, era una sombra del otrora valiente hombre lleno de recursos, del atractivo hombre de vida militar repleta de amoríos fáciles, especialmente con los miembros de los cuerpos femeninos del ejército, la armada y la fuerza aérea británicas que se encargaban de las comunicaciones y tareas administrativas del grupo táctico especial al que había sido destinado al final de sus años de servicio. Ahora tenía cincuenta y cuatro años, una calvicie incipiente y una tripa que colgaba por encima de su bañador Jantzen. Ya había tenido dos trombosis coronarias. Sólo un mes antes, su médico, Jimmy Greaves –que era uno de sus compañeros de partidas de póquer en el Queen's Club cuando Dexter llegó a Jamaica–, había descrito la última en tono jocoso como «el segundo aviso». Sin embargo, enfundado en su ropa cuidadosamente elegida, ocultas sus varices y plano su estómago gracias a un discreto cinturón colocado debajo de la faja de etiqueta, todavía era un hombre de buen ver en cualquier cena o cóctel de

North Shore. Sus amigos y vecinos no conseguían entender por qué, a pesar de la ración de dos dedos de whisky y diez cigarrillos impuesta por su médico, él seguía fumando como una chimenea y acostándose borracho –aunque amablemente borracho– cada noche.

La solución a tal misterio era que Dexter Smythe había alcanzado una fase de su vida en la que lo único que deseaba era la muerte. Los orígenes de su estado de ánimo eran variados y en absoluto complejos. Estaba irremediabilmente atado a Jamaica y la pereza tropical se había adueñado paulatinamente de él. Así, mientras su apariencia era la de un sólido tronco de buena madera, bajo la superficie barnizada, las termitas de la pereza, los excesos, la culpabilidad por un antiguo pecado y el asco que sentía por él mismo habían erosionado su núcleo hasta pulverizarlo. Desde la muerte de Mary, dos años antes, no había amado a nadie más. Ni siquiera estaba seguro de haberlo hecho, pero sabía que, a cada momento del día, echaba de menos el amor que ella le profesaba, su presencia alegre, desaliñada, reprobadora y a menudo irritante, y aunque sólo sentía desprecio por la chusma internacional con la que confraternizaba en North Shore, compartía con ellos canapés y martinis. Quizás podría haber hecho amistad con los militares, los caballeros rurales del interior o los propietarios de plantaciones de la costa, los profesionales y los políticos, pero eso suponía replantearse algún objetivo serio en la vida, algo que su pereza y su estado de apatía le impedían, y además suponía reducir la cantidad de alcohol, a lo que no estaba dispuesto.

Así que el comandante Smythe estaba aburrido, mortalmente aburrido, y si no fuera por su única razón en la vida, ya haría tiempo que se hubiera tragado el frasco de barbitúricos que había obtenido con facilidad del médico local. La cuerda de la que seguía colgado al borde del precipicio era muy fina. Los bebedores degeneran hasta alcanzar la exageración de sus propios temperamentos

básicos, que son cuatro: el optimista, el flemático, el colérico y el melancólico. El borracho optimista se alegra hasta alcanzar la histeria y la estupidez. El flemático se sume en un marasmo de hosca tristeza. El colérico es el borracho pendenciero de caricatura que pasa la mitad de su vida en el calabozo por aporrear objetos y personas, y el melancólico sucumbe a la autocompasión, la sensiblería y el llanto.

El comandante Smythe era un melancólico que había ido penetrando en un mundo de fantasía almibarada tejida alrededor de los pájaros, los insectos y los peces que habitaban los cinco acres de «Pequeña Ola» —el nombre que dio a su chalé era sintomático—, la playa y el arrecife de coral situado más allá. Los peces eran sus preferidos. Hablaba de ellos como «personas» y, puesto que los peces de arrecife no se mueven de su territorio tal como la mayoría de pájaros pequeños, los «amaba» y creía que ellos también lo amaban.

Sin duda lo conocían, de la misma manera que los animales de un zoo conocen a sus cuidadores, porque era la persona que los alimentaba con regularidad a diario. Para los peces que se alimentan del fondo marino, arrancaba algas y levantaba la arena y las piedras, para los pequeños depredadores rompía huevos marinos y erizos, y a los más grandes les proporcionaba pedazos de tripas. Ahora, mientras nadaba lenta y pesadamente a lo largo del arrecife y a través de los canales que llevaban al mar abierto, su «gente» nadaba a su alrededor sin miedo y a la expectativa, precipitándose sobre el arpón de tres puntas, para ellos una cuchara generosa, acariciando el cristal de las gafas e incluso mordisqueándole suavemente las piernas y los pies en el caso de los cangrejos, más atrevidos y belicosos.

Una parte de la mente del comandante Smythe percibía todas estas «personitas» de colores brillantes, pero ese día tenía un trabajo que hacer. Mientras los saludaba

sin palabras —«Buenos días, Beau Gregory», al pez azul marino con manchas azul brillante, el «pez joya» que era exactamente igual que el frasco tallado con mil facetas de «Vol de Nuit» de Worths; «Lo siento. Hoy no, cariño», a un revoloteante pez mariposa que tenía unos «ojos» negros y falsos en la cola, y «Estás demasiado gordo, Blue Boy», a un pez loro que debía de pesar sus buenos cuatro kilos—, sus ojos buscaban a una sola «persona», a su único enemigo en aquel arrecife, el único al que mataba nada más verlo, el pez escorpión.

El pez escorpión habita en la mayoría de los mares meridionales del mundo; la escorpina, que es la base de la bullabesa, pertenece a la misma familia. La variedad antillana mide sólo unos treinta centímetros y pesa aproximadamente 450 gramos. Es, con mucho, el pez más feo del mar, como si la naturaleza quisiera advertirnos. Es de un gris amarronado y moteado y tiene una cabeza ósea en forma de cuña. Las «cejas» carnosas le cuelgan por encima de unos ojos rojos y coléricos, y la coloración y el cuerpo contrito son un camuflaje perfecto en el arrecife. Aunque es un pez pequeño, su boca llena de dientes es lo bastante grande como para tragarse de golpe algunos de los peces más pequeños del arrecife, pero su arma mortal se halla en las eréctiles aletas dorsales, que actúan como agujas hipodérmicas al entrar en contacto con la superficie y que están provistas de glándulas venenosas, con la tetrodotoxina suficiente como para matar a un hombre con sólo rozarle una parte vulnerable del cuerpo, por ejemplo, una arteria, el corazón o la ingle. Estos peces son el único peligro importante para el nadador del arrecife, mucho más peligrosos que las barracudas o los tiburones, porque su camuflaje y su armadura les confieren seguridad. No huyen de nada, excepto de un pie situado muy cerca de ellos o de cualquier otro contacto. Se alejan sólo unos cuantos metros revoloteando con sus amplias aletas pectorales, de una coloración extraña, y se instalan vigilan-

tes en la arena, donde toman la apariencia de un bulto en medio del abundante coral, o entre las rocas y las algas, donde prácticamente desaparecen.

El comandante Smythe estaba decidido a encontrar un ejemplar, arponearlo y dárselo a su pulpo para ver si lo cogía o lo rechazaba, para saber si uno de los mayores depredadores marinos era capaz de reconocer el carácter mortífero de otro y darse cuenta de que era venenoso. ¿Se comería el pulpo el vientre y dejaría las espinas? ¿Se lo comería todo y, si lo hacía, le afectaría el veneno? Ésas eran las preguntas para las que Bentry del instituto quería respuestas, y aquel día, que sería el principio del fin de la vida del comandante Smythe en «Pequeña Ola», y aunque significara también el final de su querido *Octopussy*, el comandante Smythe estaba decidido a responderlas y así dejar un pequeño recuerdo de su, ahora inútil, vida en algún rincón polvoriento del archivo de biología marina del instituto.

Sólo dos horas antes, la ya sombría vida del comandante Dexter Smythe había cambiado mucho y para peor. Había empeorado tanto que tendría suerte si sólo le sentenciaban a cadena perpetua al cabo de unas semanas: las necesarias para mandar unos cables desde la Casa del gobernador a la Oficina colonial, de allí al Servicio Secreto y, después, a Scotland Yard y por último al fiscal del Estado, y para arreglar el traslado del comandante Smythe a Londres acompañado por la policía.

Y todo a causa de un hombre llamado Bond, comandante James Bond, que había llegado a su casa en taxi desde Kingston a las diez y media de la mañana de ese mismo día.

)))

El día había empezado normalmente. El comandante Smythe había despertado de su sueño de seconal, se había tomado un par de Panadols –el estado de su corazón le impedía tomar aspirina–, se había duchado y, sentado bajo los almendros a modo de sombrilla, había repartido entre los pájaros las sobras del desayuno, que apenas había probado. Después se había tomado las dosis administradas de anticoagulante y las pastillas para la tensión. Ahora mataba el tiempo con el *Daily Gleaner* hasta el tentempié de las once que, desde hacía unos meses, había adelantado a las diez y media. Acababa de servirse el primero de los dos ginger-ales muy cargados de coñac, «la bebida del bebedor», cuando oyó un coche que se acercaba por el camino de entrada.

Luna, su ama de llaves de color, salió al jardín y anunció:

–Un señor querer verle, comandante.

–¿Cómo se llama?

–Él no dice, comandante. Él dice decirle viene de la Casa del gobernador.

El comandante sólo llevaba unos viejos pantalones cortos de color caqui y sandalias.

–De acuerdo, Luna –dijo–. Llévalo al salón y dile que no tardaré.

Rodeó la casa por detrás hasta su dormitorio, donde se puso una sahariana blanca, unos pantalones y se peinó. ¡La Casa del gobernador! ¿Qué diablos ocurría?

En cuanto entró al salón y vio a un hombre alto con traje azul oscuro, de pie ante el ventanal con vistas al mar, el comandante Smythe presintió ya la mala noticia. Cuando el hombre se dio la vuelta lentamente para mirarlo con sus ojos gris azulado, de manera grave y atenta, supo que se trataba de un asunto oficial, y cuando su alegre sonrisa quedó sin respuesta, tuvo la certeza de que era un asunto oficial desagradable. Un escalofrío recorrió su espalda. De algún modo, «ellos» lo habían descubierto.

—Hola, hola. Soy Smythe. Según parece, viene usted de la Casa del gobernador. ¿Cómo está sir Kenneth?

Por algún motivo, estrecharse las manos estaba fuera de lugar.

—No le he visto —dijo el hombre—. Llegué hace sólo un par de días y he estado visitando la isla la mayor parte del tiempo. Me llamo Bond, James Bond. Pertenezco al Ministerio de Defensa.

El comandante Smythe recordaba aquel antiguo eufemismo del Servicio Secreto.

—¡Oh! ¿La vieja empresa? —exclamó, con forzada animación.

Bond ignoró la pregunta.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—Claro. En cualquier sitio. ¿Aquí o en el jardín? ¿Quiere algo de beber? —El comandante Smythe hizo tintinear el hielo del vaso que todavía tenía en la mano.— Ron con ginger es el veneno local. Yo prefiero el ginger sólo.

La mentira surgió con la facilidad automática del alcohólico.

—No, gracias. Y éste es un buen sitio.

El hombre se apoyó con negligencia en el amplio alféizar de caoba.

El comandante Smythe se sentó y apoyó una pierna con desenvoltura en el brazo de una de las cómodas sillas coloniales que había hecho copiar a un carpintero local de un original. Se acercó de un tirón la mesilla de las bebidas, dio un buen trago y deslizó el vaso con mano firme y deliberada dentro del agujero de la madera.

—Bien —dijo animadamente, mirando al otro hombre directamente a los ojos—. ¿En qué puedo servirle? ¿Han enviado a alguien a hacer un trabajito sucio a North Shore y necesitan que les eche una mano? Estaré encantado de volver a la batalla. Ha pasado mucho tiempo desde esa época, pero todavía recuerdo los viejos procedimientos.

—¿Le importa si fumo?

El hombre ya tenía la pitillera en la mano, una pitillera plana metálica con capacidad para unos cincuenta cigarrillos. De alguna manera, aquel pequeño signo de flaqueza compartida reconfortó al comandante Smythe.

—¡Pues claro, mi querido amigo!

Hizo un movimiento para levantarse, con el encendedor preparado.

—Ya está, gracias. —James Bond ya había encendido el cigarrillo.— No, no se trata de nada local. Quiero..., me han enviado para preguntarle si recuerda su trabajo para el Servicio al final de la guerra. —James Bond hizo una pausa y miró atentamente al comandante Smythe.— Especialmente la época en la que usted trabajaba con la Miscellaneous Objectives Bureau^[3].

El comandante Smythe lanzó una risotada. Lo sabía. Sin duda lo había sabido desde el principio, pero cuando salió de los labios de ese hombre, la risa del comandante Smythe emergió con la fuerza del grito de un hombre cuando le pegan.

—¡Dios mío, sí! El viejo y buen MOB. ¡Eso sí que fue divertido!

Volvió a reír. Sintió un dolor en el corazón que le atravesaba el pecho, provocado por la presión que sabía que se avecinaba. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón, inclinó el frasquito sobre la palma de la mano y se puso una pastilla blanca de TNT bajo la lengua. Le divirtió ver cómo la tensión envolvía al otro hombre, a juzgar por el modo en que sus ojos se entornaron alertamente. «No te preocupes, querido amigo. No es una pastilla de veneno.»

—¿Tiene usted problemas de acidez de estómago? —preguntó—. ¿No? Me mata cuando pillo una borrachera. Anoche, en la fiesta del Jamaica Inn. Debería dejar de pensar que aún tengo veinticinco años. Bueno, volvamos al MOB. Supongo que ya no quedamos muchos. —Sintió cómo el dolor en el pecho volvía a su guarida.— ¿Tiene algo que ver con la Historia oficial?

James Bond observó la punta de su cigarrillo.

—No exactamente.

—Supongo que sabe que escribí la mayor parte del capítulo sobre el cuerpo para el Libro de guerra. Hace ya mucho tiempo de eso. Dudo ahora que pudiera añadir nada más.

—¿Nada sobre aquella operación en el Tirol, en un lugar llamado Ober Aurach, aproximadamente a un kilómetro y medio al este de Kitzbühel?

Uno de los nombres con los que había estado viviendo durante todos esos años arrancó otra brusca risotada al comandante Smythe.

—¡Eso fue pan comido! Seguro que nunca ha visto un desbarajuste como aquél. Todos aquellos de la Gestapo con sus amiguitas. Y todos borrachos como esponjas. Tenían sus archivos muy bien ordenaditos y nos los dieron sin rechistar. Pensaban que así conseguirían un mejor trato, supongo. Echamos un primer vistazo a todo el material y luego los enviamos a todos al campamento de Munich. Fue lo último que supe de ellos. Me imagino que a la mayoría los colgaron por crímenes de guerra. Enviamos todos los papelotes al Cuartel General en Salzburgo. Después nos fuimos hacia el valle Mittersill para encontrar otro escondrijo. —El comandante Smythe echó otro trago y encendió un cigarrillo. Levantó la vista.— En resumen, eso fue lo que pasó.

—Usted era el Número 2 en esa época, creo. El oficial al mando era un norteamericano, un tal coronel King, del ejército de Patton.

—Exacto. Un buen tipo. Llevaba bigote, lo cual no es muy norteamericano. Sabía mucho sobre los vinos locales. Un individuo bastante civilizado.

—En el informe sobre la operación, escribió que le entregó todos los documentos para una inspección preliminar, puesto que era el experto en alemán de la unidad. ¿Usted se los devolvió todos, junto con sus comentarios?

—James Bond hizo una pausa.— ¿Todos y cada uno de ellos?

El comandante Smythe ignoró la indirecta.

—Exacto. La mayoría era listas de nombres. Datos de contraespionaje. La gente de contraespionaje en Salzburgo se sintió muy satisfecha con tal material. Les proporcionó muchas pistas nuevas. Supongo que los originales estarán tirados por alguna parte. Seguramente se usaron en los Juicios de Nuremberg. ¡Sí, señor! —El comandante Smythe se puso melancólico, como si hablara con un antiguo colega.— Aquellos fueron unos de los mejores meses de mi vida, corriendo por todo el país con el MOB. ¡Vino, mujeres y música! ¡Ya lo creo!

En ese momento, el comandante Smythe decía toda la verdad. Hasta 1945, había pasado una guerra muy incómoda. Cuando se formaron los Comandos en 1941, se ofreció voluntario y fue trasladado en comisión de servicios desde los Royal Marines al Cuartel General de operaciones conjuntas bajo las órdenes de Mountbatten. Allí, su excelente alemán —su madre había nacido en Heidelberg— le procuró el poco envidiable trabajo de interrogador de primera línea en las operaciones del comando al otro lado del Canal. Tuvo suerte de salir ileso de esos dos años de trabajo y con la OBE (militar), que durante la última guerra apenas había sido concedida. Entonces, para preparar la derrota de Alemania, el Servicio Secreto y Operaciones Conjuntas formaron el MOB, y al comandante Smythe se le otorgó de manera temporal el rango de teniente coronel y se le encargó formar una unidad con el objetivo de limpiar las guaridas de la Gestapo y la Abwehr cuando se produjera el hundimiento de Alemania. El OSS^[4] se enteró del plan e insistió en apuntarse al carro para ocuparse del lado norteamericano del frente y así se crearon no una sino seis unidades, que entraron en acción en Alemania y Austria el día de la rendición. Eran unidades de veinte hombres, cada una con un carro blindado ligero, seis

jeeps, un vehículo, radio y tres camiones, y controladas por un mando conjunto angloamericano en el SHAEF^[5], el cual también les proporcionaba los objetivos a partir de la información de las unidades de Inteligencia de la SIS^[6] y la OSS. El comandante Smythe había sido el Número 2 del destacamento «A» destinado al Tirol –un área llena de buenos escondrijos con una salida fácil a Italia y, quizás, fuera de Europa–. Se sabía que esa zona había sido escogida como escondite número uno por la gente perseguida por el MOB. Y, tal como el comandante Smythe le dijo a Bond, se lo habían pasado de miedo. Y sin disparar un solo tiro, excepto, claro está, los dos disparados del comandante Smythe.

–¿Le suena de algo el nombre de Hannes Oberhauser?
–preguntó James Bond, como de pasada.

El comandante Smythe frunció el ceño, tratando de recordar.

–La verdad es que no.

Aunque hacía cuarenta grados a la sombra, se estremeció.

–Deje que le refresque la memoria. El mismo día en que le entregaron los documentos que debía revisar, usted había estado preguntando, en el Hotel Tiefenbrunner donde se alojaba, quién era el mejor guía de montaña en Kitzbühel. Le informaron que era Oberhauser. Al día siguiente, pidió a su oficial al mando un día de permiso, que le fue concedido. A la mañana siguiente, muy temprano, fue al chalé de Oberhauser, lo arrestó y se lo llevó en su jeep. ¿Le suena?

Esa frase: «refrescar la memoria». ¿Cuántas veces la había usado el propio comandante Smythe tratando de atrapar a un alemán mentiroso? «¡Tómate tu tiempo! Has estado esperando algo así durante años.» El comandante Smythe movió la cabeza, dudando.

–La verdad es que no.

–Un hombre con el pelo gris y un poco cojo. Hablaba algo de inglés porque había sido monitor de esquí antes de la guerra.

El comandante Smythe miró con aire inocente aquellos ojos claros y fríos.

–Lo siento. No puedo ayudarle.

James Bond sacó un pequeño bloc de piel azul de su bolsillo interior y pasó algunas páginas. Después paró y levantó la vista.

–En aquella época, llevaba usted un revólver de reglamento Webley & Scott del 45 con el número de serie 8967/362.

–Sin duda era una Webley. Un arma condenadamente difícil de manejar. Ojalá hubiera existido en aquella época algo parecido a la Luger o la Beretta pesada. Pero la verdad es que nunca me fijé en el número.

–El número es correcto –dijo James Bond–. Sé la fecha en que el Cuartel General se la entregó y la fecha en que usted la devolvió. Firmó ambas veces en el registro.

El comandante Smythe se encogió de hombros.

–Entonces debía ser mi pistola –imprimió un tono de impaciencia en su voz–. Pero si no le importa decírmelo, ¿de qué va todo esto?

James Bond lo miró casi con curiosidad, aunque le habló sin crueldad.

–Usted sabe muy bien de qué va, Smythe. –Calló un instante, como si reflexionara.– Le diré lo que haremos. Saldré al jardín unos diez minutos para que pueda pensar. Ya me llamará –añadió con seriedad–. Todo sería mucho más fácil si me lo contara con sus propias palabras.

Se dirigió a la puerta del jardín y se dio la vuelta.;

–Me temo que sólo se trata de añadir unos pocos detalles. Debe saber que ayer tuve una charla con los hermanos Foo en Kingston.

Salió en dirección al césped.